

BIBLIOTECA
Los Grandes Films

DE
La Novela Semanal Cinematográfica

Zúñiga
L, 329



demasiadas mujeres

POR
Reginald Denny

50 cts.

SEITER, William A.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Gran Vía-Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

The Cheerful Fraud, 1926

**DEMASIADAS
MUJERES**

Divertida comedia americana, interpretada por los
excelentes artistas

Reginald Denny Alejandro Duprée

Marion Nixon Ana

Margaret Livingston. . . . Lucila

etc.

JOYA "UNIVERSAL"

~~7 I 329~~*

EXCLUSIVA DE

Hispano-American Films

Valencia, 233 - Barcelona



DEMASIADAS MUJERES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Prohibida la
reproducción

Revisado por
la censura

El mes de Junio ahuyentaba a los acomodados neoyorquinos hacia las playas de moda.

De buena gana habría seguido la corriente el catedrático Alejandro Dupré, pero, la escasez de medios, primero, y el empeño de escribir una obra durante las vacaciones universitarias, en segundo lugar, se lo impedían.

El abuelo del joven profesor fué un gran político, y su padre alcanzó gran renombre por sus desvelos pedagógicos.

La tradición obligaba, pues, a Alejandro, a "crear" algo que le diese popularidad, algo digno de su ilustre apellido.

Sentado ante su máquina de escribir, se disponía a empezar su libro. Acababa de encontrarle un título sugestivo:

¿Fueron nuestros antepasados monos?

El tema era delicado, y a su desarrollo se entregaba el joven catedrático en cuerpo y alma.

Alejandro vivía en un *meublé*. Tenía varios vecinos, con los que se trataba lo menos que podía, dado su carácter retraído y sus múltiples ocupaciones.

Un matrimonio conocido suyo, que vivía en el mismo *meublé*, le fué a visitar, aquel día, precisa-

mente cuando él pensaba poder disponer de varias horas seguidas de tranquilidad para empezar el primer capítulo de su obra.

Llamaron a la puerta de la habitación del catedrático.

—Adelante.

Entró el aludido matrimonio, muy mona ella, y simpático y francote el marido. Una pareja como hay muchas, en la que el esposo no tiene nunca un minuto para llevar a divertirse a la mujer, exageradamente enamorado de su negocio.

Alejandro, disimulando la molestia que le causaban los vecinos, preguntóles el motivo de su "agradable" visita.

—Pues verá usted, señor Duprée... Hoy es el cumpleaños de Felisa, y yo le había prometido acompañarla, para celebrar esta fecha, al *restaurant* de moda...

—Y resulta, señor Duprée—continuó Felisa por su marido—que mi esposo no puede acompañarme, porque tiene que terminar unos asuntos muy importantes...

—Ni más ni menos... Por eso venía a rogar a usted—prosiguió el marido—que tuviese la amabilidad de suplirme a mí para que mi esposa no se vea privada, en un día como hoy, de un rato de espacamiento.

Alejandro no estaba dispuesto a separarse de su obra.

—Yo no puedo... no puedo... lamentándolo mucho... porque estoy... estoy con un trabajo muy largo y muy concienzudo,

—¡Oh, señor Duprée! ¡Haga usted un sacrificio por mí! ¡No quiera hacerme quedar en casa el día de mi cumpleaños! ¡Vamos, sea usted gallante!

Felisa se abrazó a Alejandro, esforzándose en arrancarle su consentimiento a llevarla al *restaurant*.

El marido insistía también, y Alejandro, comprendiendo que no le iban a dejar en paz si no contestaba afirmativamente, optó por acceder, con la esperanza de que, a solas, el matrimonio comprendería que no debía consentir en perjudicar a quien demostraba estar ocupadísimo, y que el marido resolvería sacrificarse él, como le correspondía...

Pero para rechazar las esperanzas de Alejandro, Felisa, al marcharse, saltando de gozo, con su marido, detúvose en la puerta, y dijo a aquél:

—Voy a arreglarme, y estaré lista a las ocho en punto. Tan pronto esté lista, pasaré a recogerle. ¡Hasta luego!

Alejandro no pudo protestar, y el marido de la preciosa mujer, dijo, a su vez, al vecino de confianza:

—Gracias, señor Duprée... Le quedo muy reconocido... Y conste que es usted el único hombre a quien confío a mi esposa.

—El agradecido soy yo...—respondió Alejandro, inconscientemente.

Y al desaparecer sus vecinos, arreglóse el pelo, maltratado por Felisa al hacerle caricias para

obligarle a aceptar acompañarla, y volvió a sentarse ante la máquina de escribir.

No bien lo hubo hecho, abriose de nuevo la puerta de su habitación, presentándose otro vecino, corredor de automóviles, que ocupaba la habitación lindante con la suya.

—¿Qué desea usted, señor Bonner?

—Vengo a sacarle a usted de aquí, para transportarlo al paraíso.

—No estoy para quimeras, sino para la ardua realidad de la obra que voy a escribir.

—Vamos, señor Dupréé, no sea usted así. Hay tiempo para todo. Ahora, venga conmigo.

—No puede ser.

—¡No me diga usted que no!

—Ya se lo he dicho dos veces.

—¡Es usted un mártir, y no se lo tolero, vaya! Conque, ¿vamos?... ¡Es gracioso meterse a escribir libros de monos! ¡Hala, sígame, que se divertirá!

—¡Que no!

—¡Que sí, digo yo!

El vecino se empeñó en salirse con la suya, y arrastraba a Alejandro hacia la puerta; mas el catedrático, disgustado porque el tiempo pasaba y entre unos y otros lo estaba malgastando, agarró al terco visitante por la cruz de los pantalones y lo puso, violentamente, en el rellano, cerrando, con inusitada brusquedad, su habitación, corriendo el pestillo, para mayor prevención.

De regreso a su máquina de escribir, continuó en su libro.

CAPÍTULO PRIMERO

Mi abuelo Dupréé

Apenas escribió esto, el timbre del teléfono obligó a suspender su trabajo.

—¡Demonio! ¡Otra vez! ¡Pues no contesto!

Hizo como si no oyera nada; pero tanto insistió el timbre, que, irritado, recogió sus notas, calóse el sombrero, y marchóse del *meublé*, dispuesto a buscar inspiración en el bosque, donde sólo oiría el canto de los pájaros...

Detúvose, en la calle, en un bar, para preaverse contra la sed. Compró un botellón de aluminio de naranjada; y camino del bosque, al intentar cruzar una vía muy concurrida de automóviles, tuvo que esperar el paso de varios vehículos, uno de los cuales, al hundirse en un bache, pues había llovido, salpicó bárbaramente su rostro y sus ropas.

Alejandro sulfuróse, y apostrofó al *chauffeur*.

—¡Vaya una manera de conducir! ¡Parece mentira que sea usted mayor de edad!

El *chauffeur* no llevaba trazas de detenerse a dar explicaciones; pero uno de los ocupantes del coche, interesándose por lo ocurrido, mandó parar el *auto*, y asomándose a la ventanilla, vió, con pesar, el "estado" lastimoso de Alejandro.

El catedrático, todo a su furor, seguía protestando, pero al ver el rostro que le miraba desde

el coche, calmóse instantáneamente, como de milagro.

Ese rostro pertenecía a una mujer encantadora, maravillosa, irresistible en su ingenuo mirar. Esa mujer era la más bonita que Alejandro había visto en su vida.

—Dispense usted, señor, a nuestro *chauffeur*— suplicó la dulce voz de la desconocida—. No se dió cuenta del mal estado de esta parte de la calzada.

Alejandro correspondió a la sonrisa de la monísima criatura, y contestóle, celebrando la avenitura:

—No ha sido nada... La culpa fué mía... porque no presté atención a lo que iba fatalmente a ocurrir acercándome al bache.

Desde el interior del coche, una voz ordenaba a la linda señorita que se apartase de la ventanilla. Se trataba de la tía de la joven, una solterona neurasténica a carta cabal.

Obedeció la desconocida a su pariente, pero, mientras el auto se ponía en marcha, se asomó sigilosamente, otra vez, a la ventanilla, y Alejandro pudo seguir contemplándola, muy agrabablemente, por cierto.

Tan embelesado estaba el catedrático, que no pudo evitar que otro auto, rozándole casi, levantase el agua del lodazal, salpicándole por partida doble.

Alejandro, viéndose tan enlodado, no pudo seguir adelante hacia el bosque, y tuvo que regresar a su casa.

En la habitación ocupada por el vecino Bonner, se bailaba y se bebía de lo lindo. Celebrábase en ella una fiesta, y las risas de mujer alternaban con los licores de contrabando.

El vecino era un pícaro. Le gustaban todas sus amigas, pero tenía menos suerte que un perro. No le eran reservados ni los huesos. A una de ellas intentó abrazarla, después de un baile, y recibió en compensación un cachete. No se dió por satisfecho, y corrió tras de la rebelde, que huyó del pisito hacia el pasillo.

Alejandro llegaba en aquel momento frente a su cuarto, y al verle, el vecino se lo llevó, con la ayuda de varios de sus amigos, que acudieron a una llamada suya, a su casa.

—¡Hagan el favor de dejarme!—gritábales Alejandro—. ¿No ven cómo me han puesto?

Fué inútil que forcejease con los bromistas. Una vez en el cuarto de Bonner, las mujeres y los hombres, armados de toda clase de utensilios de cocina y objetos de tocador, limpiaron al catedrático, sin dejarle ni huella del lodo ni de la mojadura.

Después de ponerle en estado decoroso, los juerguistas le obsequiaron dignamente; y al salir de la habitación en fiesta, Alejandro parecía otro. La alegría de vivir se reflejaba en su semblante. Su andar era menos pesado. Indudablemente, la música alegra al más triste...

Al penetrar en sus aposentos, oyendo los gritos de sus vecinos y contagiado de su buen humor, se puso a bailar al compás de la pieza que tocaban

en la habitación de al lado; pero se detuvo bruscamente, al ver el retrato de su abuelo suspendido sobre su cabeza.



...y al salir de la fiesta, Alejandro parecía otro.

—Es verdad, querido viejo. No había reparado en ti. La seriedad fué tu divisa. También la mía, ¿verdad?... Y tú, padre, no me mires así... Fué un momento de olvido... Pero ya pasó... Ya soy el mismo de siempre... De vuestro mismo temple.

Sentóse a escribir. Las notas del piano llegaban incitantes hasta él, y al intentar continuar su libro, no pudo sustraerse a la dominación de la alegría de sus vecinos, tecleando la letra del *couplet* que agitaba todo su ser:

*We have no bananas
We have no bananas to day*

Al darse cuenta de su distracción, echóse a reír, guiñándole el ojo a los retratos de su abuelo y de su padre, que no cesaban de mirarle, extrañados de su súbita transformación.

De pronto sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién será?—se preguntó Alejandro.

Apoderóse displicentemente del aparato, y preguntó quién era.

La telefonista del *meublé*, al servicio de los clientes de la casa, le anunció que subía a visitarle su prima Elisa.

—¡Mi prima!—exclamó para sí Alejandro.

Y, apresuradamente, quitó de la máquina el papel en que había escrito el *couplet* de los plátanos, y puso en su lugar otro en blanco, en el que escribió el título de su libro en proyecto, la indicación de *Primer Capítulo*, y el sub-título *Mi abuelo Dupré*.

Ya podía llegar la prima. Le encontraría trabajando, como trabajaron los antepasados, como él debía trabajar. ¡Vaya un resbalón si llegaba a tropezarse con los plátanos!

* * *

Elisa y Alejandro eran muy buenos primos, es decir, se querían mucho, como primos hermanos nada más.

Al besarle, Elisa descubrió en el hálito de Alejandro un olorcillo que no dejaba lugar a dudas...

Para ocultar la verdad, Alejandro atribuyó ese tufillo reparado por Elisa, a un jarabe que tomaba para curarse un catarro que le aquejaba desde hacía algunos días.

Quedó convencida Elisa, pero, a pesar de ello, Alejandro, para que el vaho del licor que había aceptado de sus vecinos no siguiese comprometiéndole, mascó los pétalos de un clavel, a fin de perfumarse la boca.

Elisa expuso a su primo el motivo de su visita.

—He venido a verte, porque ha llegado una amiga mía, de California, y desearía que la cono-
cieras.

—¿Por qué?...

—En primer lugar, porque es amiga mía, y luego, porque me gustaría que la acompañases a visitar la ciudad, a la que tiene muchos deseos de conocer.

—No puede ser, Elisa... Tengo mucho tra-
bajo... Estoy escribiendo un libro.

—Sé bueno, Alejandro; no te niegues a pres-
tarme ese favor. Hazlo por mí... Esa amiga mía
es tan joven y tan tímida, que temo le ocurra
algo desagradable yendo sola.

Entretanto, la californiana, la amiga de Elisa, llamada Ana, paseábase por Nueva York. Unos modelos de zapatos llamaron su atención en un escaparate, y acercósele un hombre maduro con



—Sé bueno, Alejandro; no te niegues a prestarme ese favor.

ribetes de conquistador, que se permitió decirle cuatro cosas atrevidas a poca distancia. Ana, que no era otra que la ocupante del coche que, poco antes, había enfangado el rostro y el traje de Alejandro, volvióse enérgicamente, y sin pensarlo dos veces, descargó su manita en el rostro del osado buscador de ocasiones.

Este no esperaba tal caricia, y a la misma aña-
dióse la intervención de un policía, que lo condujo

a la comisaría por conducta grosera con una señorita en la vía pública.

Elisa estaba lejos de suponer que su amiga tenía tal genio, y no cejaba en rogar a su primo que se prestase a hacerle de guía unos cuantos días.

Las caricias son un arma muy femenina, y Elisa la esgrimía, besando a Alejandro, que iba a ceder.

En ese momento presentóse el vecino corredor de automóviles, en el cuarto de Alejandro, dejándole admirado la escena de los besos. A juzgar por lo que veía, el catedrático no era tan tímido como aparentaba. ¡Vaya mujer la que lo estaba besando!

Alejandro apartó a su prima cuando vió en su cuarto al vecino, y conteniendo su enfado, inquirió por qué estaba de nuevo allí.

—He venido, sin saber que estaba usted con alguien, a devolverle la naranjada que dejó olvidada en mi casa.

—Bien, gracias... Le presento a mi prima, la señorita Elisa... Elisita, te presento al señor Bonner, un vecino...

Este estaba bebido, y supuso que Alejandro pretendía levantarle la camisa, como vulgarmente se dice, presentándole a Elisa como prima suya, cuando las huellas de los labios de ella muy cerca de los suyos parecían indicar que eso del parentesco no era sino un motivo más de aproximación...

Elisa, ante la risita del vecino, que parecía decirle: "¡A mí no me la dan ustedes con queso!",

marchóse a toda prisa del cuarto de su primo, y éste, al quedar solo, se contuvo para no echar a puntapiés al malicioso.

¡Qué día, Señor, qué día!

A poco volvió a sonar el timbre del teléfono.

Anunciaron a Alejandro, desde la conserjería, que iba a visitarle el profesor Godhus, de la Universidad de Wyndham.

Esta noticia alarmó un tanto a Alejandro. Temió que el profesor no se dejase convencer tan fácilmente como Elisa de que el tufillo del hálito era debido al jarabe anticatarral, y armándose de un pulverizador lleno de colonia, se bañó la boca, sin sentir la picazón del alcohol en partes tan sensibles.

Llegó el profesor. Alejandro ponía mucho cuidado en no descubrirse a sí mismo. Por si acaso, se apoyaba en un mueble, para evitar al profesor el espectáculo de verle zigzaguar andando.

El visitante era un buen viejo, consagrado toda su vida a la enseñanza. Estaba visiblemente apenado.

—¿Qué ocurre?—preguntóle Alejandro.

—Una mala noticia, muchacho. El colegio fundado por tu padre, está atravesando una crisis alarmante. No tenemos créditos, y es inminente el cierre. ¿Quién nos lo había de decir! ¡Si tu padre levantase la cabeza!

—Malo, malo, malo... ¿Y no hay solución?

—No sé... Estoy atribulado... He venido a verte... para que, los dos, busquemos un medio para salvar del naufragio la obra de tu padre...

¿Te acuerdas de Amalia Clevenger, la viuda rica, cuyos donativos eran tan necesarios para la Universidad?...

—Sí... Creo recordar...

—Pues esa señora está en Nueva York, para hacer algunas obras filantrópicas, y mucho me temo que se haya olvidado de nuestra Universidad.

El "mareo" de Alejandro le daba por llorar, después de reírse. Al verle soltar las lágrimas, el profesor Goodhus creyó que la situación por que atravesaba la Universidad era la causa de su dolor, y le imitó, sinceramente afligido.

—Es necesario hacer algo—dijo Alejandro, por decir algo, en espera de que cesase el repentino llanto.

Para refrescarse un poco, creyó oportuno beberse la naranjada, y al hacerlo, notó, con singular satisfacción, que no era naranjada, sino licor. ¡Ah, los pícaros vecinos! ¡Le habían cambiado el refresco por licor!

Naturalmente, animado por el obsequio de sus vecinos, el espíritu de Alejandro fué discutiendo con un optimismo asombroso. Cesó el lloquieo, para dar paso al entusiasmo.

—¡Hay que hacer algo! ¡Claro que hay que hacer algo! ¿Quiere usted beber, profesor?

—No gracias, aunque sea naranjada... Estoy demasiado febril... No vivo desde que comprendo que nuestra Universidad...

—No hay que apurarse, hombre... ¡Ya verá usted! ¡Pues no faltaba más! Usted debe querer que yo acompañe a esa viuda por Nueva York,

¿eh? ¡Pues la acompañaré! ¡Yo acompaña a esa vieja hasta el infierno! ¡Oh! ¡Todo por la Universidad! ¡Todo por la obra de mi padre!

—Tu entusiasmo me anima, Alejandro!

—Yo soy así: dominador, avasallador, un terremoto! ¡Vamos?

—Como quieras.

—Adelante, pues!

Al punto de salir, Alejandro apuró el resto del licor de sus vecinos, y dirigiendo una postrera mirada de picardía a los retratos de sus ascendientes, empujó al viejo profesor hacia la escalera, desapareciendo en el ascensor.

A poco de marcharse de su cuarto Alejandro, su prima Elisa telefoneaba al *meublé* preguntando por él; contestando la telefonista que el interesado había salido en dirección al hotel Ritz, con otro profesor.

En efecto, Alejandro y el profesor Goodhus se habían dirigido al hotel Ritz, en el que encontrarían a la rica viuda que podría ayudar a la Universidad a evitar su desaparición por falta de recursos.

Doña Amalia Clevenger, la aludida viuda, se hallaba en el sumuoso hotel, rodeada de miembros de centros benéficos y culturales que deseaban pedirle su apoyo pecuniario.

Alejandro y el profesor Goodhus se unieron a dichos miembros.

La viuda tenía la apariencia de una oveja que se ofrecía a la esquiladura por desconocidos más o menos egoístas...

Alejandro la observaba en silencio, a través de los humos que nublaban su espíritu...

La afortunada mujer dirigió la palabra a los allí reunidos.

—Señores... Creo que es mi deber consagrar mi fortuna a obras de caridad... y estoy dispuesta a contribuir con mi dinero a los proyectos que descansen en una sólida base de cristianismo, de amor al prójimo... Quiero construir fuentes donde puedan calmar la sed los sedientos, y casas de comida donde puedan saciar su apetito los hambrientos, y dormitorios donde descansen los cuerpos fatigados. ¿No son ustedes de mi opinión?

Uno por uno, los miembros allí presentes, fueron contestando en sentido afirmativo, entusiasmados.

Alejandro no imitó a los demás.

—¿Cuál es su opinión, señor Duprée? —preguntó entonces la viuda, extrañada de su silencio.

Y Alejandro, cual un explosivo, reventó:

—¡Mi opinión es que todo eso es ridículo!

Asombro general.

—¡Ridículo! —exclamó la viuda.

—Oiga usted, Amalia... —añadió Alejandro cogiendo entre las suyas una mano de la dama—. Deseo hablar con usted... a solas.

Intrigada, la viuda no se negó a la petición de Alejandro, y éste, a pesar de los tirones de americana que le daba el viejo profesor, no se arredró, y llevóse a aquélla a otro saloncito, ante la estupefacción de los demás.

* * *

El viejo profesor siguió a Alejandro para vigilar que éste no metiese la pata dejándose llevar de su entusiasmo por la restauración de la Universidad.

Sentáronse la viuda, Alejandro y el viejo profesor, en este orden, y el segundo, muy decidido, llevó a la práctica un plan que rápidamente se había forjado.

Halagar a una mujer, sobre todo cuando la mujer está en esa edad en que la juventud, al desaparecer, se ha llevado el humor, es un buen remedio para arrancarla de su amodorramiento. Y si el que halaga es joven... ¡sin comentarios!

Por esa razón, Alejandro, al empezar a fijarse, sonriente, en la viuda, echó de ver que ésta se dejaría vencer sin dificultad, y atacó más duro.

—Sabe usted, señora, que tiene usted unos rasgos muy delicados, muy femeninos?

—¡Oh!... ¿Usted cree...?

El viejo profesor, alarmado ante las proporciones que tomaba la conversación, trató de llamar al orden a Alejandro, más éste le demostró, dándole un golpe en la mano que le pujaba de la americana, que era por demás que le molestase con sus avisos.

—¡Cómo! —prosiguió Alejandro—. ¿No le ha dicho a usted nadie, señora Clevenger, que su rostro es agradabilísimo?

—Haga el favor, joven... Tenga usted en

cuenta que soy una mujer muy seria... Yo ya sé que no soy hermosa...

—¡Claro que no!

—¿No decía usted que sí?



—¿No le ha dicho a usted nadie, señora Clerenger, que su rostro es agradabilísimo?

—Sí, y lo confirmo. Es usted hermosa y no lo es. Me explicaré. Puede usted serlo. Lo que afea es esta indumentaria, este aire...

—Pero...

Alejandro, fijo en su propósito de ganar para su causa a la viuda, se puso a examinarla atentamente, y le fué indicando lo que debía hacer para transformarse en la gran dama que ella debía ser.

La viuda le escuchaba con no disimulada alegría, y el viejo profesor sudaba...

Hubo una interrupción, pues Alejandro recibió de manos de un botones del hotel un telegrama de Elisa, su prima, que, un poco antes, había telefoneado al *meublé* preguntando por él, contestándosele que se había marchado hacia el Ritz. Se debía tratar de algo grave para recurrir a los mensajes urgentes.

Alejandro enteróse del telegrama, el cual decía:

Preciso verte en seguida. Ha sucedido algo lamentable. Cuento contigo. Elisa.

—¿Sucede algo malo?—preguntó la viuda, cañíosamente.

—Señora Clevenger—repuso Alejandro—, pido a usted mil perdones por tenerla que dejar en este momento. Me llaman con urgencia; pero estaré de vuelta dentro de media hora para enseñarle la ciudad. ¿Acepta usted mi deseo de acompañarla?

—Con muchísimo gusto, francamente... Alejandro...

El joven catedrático cantaba victoria: la viuda, ilusionada por el injerto de juventud que él le había dado con sus palabras, acataría, sin discusión, sus menores deseos. ¡Lo que ilumina el vino!

El viejo profesor no volvía de su asombro y quedóse con la viuda, decidiéndose también, comprendiendo la gran jugada de Alejandro, a calificar a éste de superhombre de gustos refinados... adulando, indirectamente, a la vieja, puesto que a ésta habíale asegurado aquél, que era hermosa...

y como un hombre de buen gusto no suele equivocarse, la interesada se tragó el anzuelo hasta la caña...

Alejandro iba camino de la casa de su prima, cuando a la misma llegaba Ana, la californiana que castigó al Don Juan que se le acercó en la calle sin discreción alguna. Lejos estaba Alejandro de pensar que la linda señorita que él había visto unas horas antes, era la que estaba en aquellos momentos con Elisa.

Las dos amigas hablaron del incidente. Elisa estaba asustada, al contrario de Ana; que celebraba casi lo sucedido, pues había puesto de manifiesto que sabía andar sola.

Pero Elisa no quería que su amiga volviese a salir sin alguien que la acompañase.

—Desde ahora, mi primo, el profesor Duprée, te acompañará. El te enseñará la ciudad, e irás segura. Hay mucha maldad en Nueva York, Ana, y prefiero evitarte disgustos.

Ana sonrió ante los temores de Elisa, y su imaginación representó a Alejandro como un viejo profesor, de blancas barbas y lento caminar. ¡Qué gracioso ir con él por la ciudad, a visitar los monumentos artísticos!

Alejandro fué anunciado por la doncella de Elisa, y ésta fué a recibir a su primo, dejando a Ana en la habitación interior, inmediata a la en que esperaba aquél.

—Gracias por haber venido en seguida, Alejandro... El caso es de gravedad... Figúrate que mi amiga Ana se ha visto obligada a librarse de un

moscardón con los puños, en la calle, interviniendo la policía. ¿Qué te parece?

—¡Caramba! Pues me parece que sabe hacer uso de sus manos...

—Te he llamado para decirte que debes encargarte en seguida de acompañarla a todas partes.

—No creo que le haga falta compañía. Además, acabo de contraer un compromiso, y...

—Supongo que no vas a negarte a complacerme, cuando yo ya supuse, cuando vine a verte a tu casa, que estabas conforme...

—Pero si nadie puede meterse con esa muchacha californiana, si ella sabe rechazarlos a puñetazos!

Para decir tal cosa, había bastado que Alejandro se imaginase a Ana una reina de las praderas, armada hasta los dientes, y con unos puños de acero capaces de derribar a diez adversarios del sexo fuerte.

—No trates de apartarte de la cuestión, Alejandro. Tú debes acompañarla, y quiero que accedas a ello, pues tú eres el único hombre con quien ella puede ir tranquila.

—Te advierto que he cambiado mucho en pocos momentos. Mi mansedumbre de antes se ha convertido en unos deseos locos de triunfar.

—Vamos, no seas pesado. Estás divagando. Aceptas, ¿verdad?

—¡Que no! No quiero tener tratos con una joven que se lía a mamporros con el primero que se le acerca. Será mejor que busque la compañía de Dempsey, para hacer buen juego en la vía pública.

—¡Alejandro, estás insoportable!

—Me parece que estoy en la razón. ¡Ea, que yo no acompaño a esa muchacha!

Alejandro estaba resuelto a negarse en absoluto; mas la visión repentina de un rostro angelical visto aquel día, le turbó.

Era Ana. Acababa de asomar su cabecita por la cortina blanca que ocultaba una pieza de otra. Ella también, al ver a Alejandro, extrañóse.

Elisa rogó a Ana que se acercase, y presentó a los dos jóvenes, que ya se saludaban, recordando el incidente del *auto* de ella.

—La señorita Ana, mi amiga... Mi primo, el profesor Duprée...

La revelación de que ambos eran, ella la reina de las praderas, y él el viejo de barbas blancas y lento caminar, les causó el más excelente efecto. ¡Qué cosas las del Destino!

—Tanto gusto, señorita. No sabe usted cuánto celebro estrechar su mano. En este momento le estaba diciendo a mi prima que tendría un verdadero placer en acompañar a usted a todas partes... ¿verdad, Elisa?

Esta, sorprendida, no acertó a contestar, ni tiempo tuvo de hacerlo, pues Ana, encantada de que su acompañante fuese el joven catedrático, preguntó:

—¿Cuándo empezamos?

Alejandro había apresado entre sus manos la diestra de Ana, y no parecía dispuesto a soltársela, mas ella, no porque le molestase la presión del profesor, precisamente, la apartó con suavidad,

un tanto azorada. Y apenas Ana dirigió a Alejandro aquella pregunta, éste le ofreció el brazo, para “empezar” en seguida. Pero, acordándose de su compromiso con la viuda que podría salvar



La revelación de que ambos eran, ella la reina de las praderas, y él el viejo de barbas blancas y lento caminar...

el colegio, tuvo que demorar el agradable concierto.

—¡Qué contratiempo! —exclamó—. He prometido a una dama muy rica, viuda otoñal, que se dedica a dar empleo a su fortuna en obras caritativas, acompañarla a visitar Nueva York. No puedo faltar a mi palabra, porque la empeñé en provecho de la Universidad de Wyndham, que se

tambalea por falta de recursos. Perdóneme usted, señorita Ana... y estoy de vuelta dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿En tan poco tiempo va usted a enseñar la ciudad a esa señora?

—¡Oh! Para algo han de servir los medios rápidos. No tema usted que la haga esperar más de tres cuartos de hora. ¿Le molesta... espearme?

—No, no... Le esperaré... Comprendo que debe usted cumplir su promesa...

—Entonces, hasta luego... ¡Adiós, Elisa, encantadora prima!

En su alegría por el encuentro de Ana en casa de su prima, Alejandro besó con más cariño que nunca a ésta, que no dejó de extrañarse de ello; y también iba a hacer lo mismo con Ana, si ésta no se hubiese opuesto a ello a tiempo, devolviéndole a la realidad.

Al quedar solas las dos amigas, Ana, maravillada de la aventura, abrazóse a Elisa, que estaba cada vez más perpleja, y preguntóle:

—¿Eso es el hombre de más confianza que existe en el mundo?...

—Alejandro es muy formal... aunque hoy, no sé a qué atribuirlo, está un poco atolonrado... Oye; ¿os conocíais ya?

—Te diré...

Y Ana, sonriente, puso a Elisa en antecedentes de lo sucedido unas horas antes, percatándose entonces, la segunda, del por qué de la alegría de su primo.

Un poco después, Alejandro enseñaba la ciudad a la viuda rica, usando el medio más rápido que existía: el aeroplano.

—¿Ve usted? —le decía—. Este es el edificio Woolwoorth. ¿Ve usted este otro? Esto es...



...y también iba a hacer lo mismo con Ana, si ésta no se hubiese opuesto a ello a tiempo.

—No oigo nada.

—Se lo escribiré.

Trató de irle dando nota de los edificios que iban viendo, pero el avión daba vueltas, y en lugar de escribir, Alejandro dibujaba círculos y óvalos, riéndose los dos de lo difícil que resultaba entenderse.

Pero el caso fué que la viuda vió todo Nueva

York y quedó complacida de haber pasado una media hora en compañía de Alejandro, que se esforzaba en serle lo más agradable posible...

* * *

A la hora convenida, Alejandro fué a recoger a Ana en casa de su prima, y salieron juntos, y muy contentos los dos, a visitar, a pie, la ciudad, para que la visita no terminase en menos de un mes.

Quince minutos después, Ana, hablando con su acompañante, le expuso sus deseos de conocer la ciudad tal como la describía O. Henry, y tan distraído iban uno y otro, que, al cruzar una calle, no oyeron a la gente que los avisaba que se apartasen de donde se hallaban, pues iba a estallar un barreno, y al suceder ésto, nadie pudo evitar que los dos cayesen al fondo del boquete, abierto para comunicar con unas cloacas en construcción.

Una densa humareda los envolvió, y al disiparse, viéreronse, los dos, abrazados, ella sobre las piernas de él, sentado en el suelo.

Contempláronse unos momentos con sorpresa, sonriéndose después, mientras el público, alarmado, se arremolinaba junto a la abertura del boquete, presintiendo que los dos habían muerto, o poco menos.

—¡Esto es maravilloso!—exclamó Ana, al recobrarse de la emoción natural—. Siempre he tenido deseos de ver el bajo Nueva York.

—¿Sí?... Pues nunca tendrá usted mejor opor-



—Tiene usted unos ojos negros que son una maravilla.

tunidad. ¿Y sabe usted una cosa?... Tiene usted unos ojos negros que son una maravilla.

—¿De veras?... Los de usted son azules, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Le gustan?

—No me desagrado nunca ese color...

—Y tiene usted unas manos que...

Decididamente, Alejandro había sufrido una transformación enorme. De tímido había pasado a vehemente y, siempre respetuoso, algo atrevidote.

No le molestaba a Ana la audacia de Alejandro, pero el rubor la dominaba, y si bien con él no haría uso de los puños, sabría contenerle...

Varios guardias de servicio en aquella calle se acercaron al grupo de los curiosos que miraban al fondo de la brecha, y colocando una escalera en la misma, para subir a los heridos, descendieron a buscar a éstos, encontrándolos tan vivos como el primero.

—¿Qué hacen ustedes ahí? ¿No pueden acaso incorporarse?

—Sí, sí... Es que...

—Hagan, pues, el favor de salir de estos escombros.

—Ya subimos... Esperen un momento.

—¡Hala! ¡Hala! Es preciso descongestionar la vía pública, interceptada a causa de ustedes.

No les cupo más remedio que salir de allí, muy a pesar de lo bien que se encontraban a solas.

Se separaron, hasta el día siguiente, pues era ya tarde y tenían que ir a cambiarse de ropa.

Entretanto, la viuda seguía los consejos de Alejandro, visitando el mejor Salón de Belleza de la ciudad, donde manifestó su pretensión de salir de allí completamente otra. Fué atendida. Mientras le hacían desaparecer el rostro bajo una capa de grasas, desfilaban delante de ella varias modelos con las creaciones de la temporada, quedándose la viuda los mejores vestidos.

Al salir de allí estuvo en la más acreditada joyería, y compró joyas de alto precio.

Costóle la fiesta cerca de un millón de dólares. Y, en verdad, no era la misma mujer.

¿Qué diría Alejandro?

Le mandó una invitación para la noche. Le

decía que le esperaría en el Ritz, para que la acompañase a cenar...

Alejandro recibió dicha invitación, y arregló base para cumplimentar el deseo de la potentada mujer, poniéndose el traje de etiqueta.

Apenas habiese vestido, sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién?...

—La señorita Lucila, señor Duprée.

Alejandro ahogó un grito de asombro. ¡Lucila allí! ¡Qué ocurrencia!

Lucila había sido el primer amor de Alejandro... pero ella se casó con otro. A pesar de ello, el catedrático guardaba todavía un recuerdo a lo que fué, y encima de su mesa despacho ocupaba un sitio una fotografía de la ingrata.

¿Qué querría Lucila, ahora, de él?

Acabóse de arreglar del todo, y abrió la puerta de su cuarto, llegando en aquel momento el ascensor al piso, y apareciendo Lucila por la portezuela del mismo, con dos falderos en sus brazos. La seguía un botones del *meublé*.

Al ir a abrir la puerta de su habitación, Alejandro encontró en el suelo un telegrama, que debió ser depositado debajo de dicha puerta durante su ausencia acompañando a la viuda y luego a Ana. Hacía rato ya, pues, pero él no lo había visto antes. Decía dicho telegrama:

Mi esposo no me comprende y he decidido dirigirme a ti para pedirte consejo. Lucila.

Apenas le vió Lucila pretendió abrazar a Ale-



Lucila pretendió abrazar a Alejandro, que no la recibió con la alegría que ella descontara.

jandro, que no la recibió con la alegría que ella descontara.

El vecino corredor de automóviles se asomó a la puerta de su cuarto, y al ver al catedrático con otra mujer, se preguntó no sin envidia:

—¡Caray! ¿Será otra prima?

Alejandro, para evitar que fuera siendo objeto de contemplación con Lucila, iba a entrar con ésta en su habitación, pero el *groom* se opuso a ello, diciendo a la evadida del domicilio conyugal:

—No se admiten perros en las habitaciones.

No hubo manera de convencer al empleado, y Lucila, muy a disgusto suyo, tuvo que despedirse

de sus falderos, dejándolos en manos y al cuidado del citado botones.

El vecino era más guasón que un andaluz, y se metió con la nueva aventura del catedrático, canturreando desde la entrada de su cuarto:

*Ella es mi prima
Nada más que prima
Y yo soy su primo
Y me voy a Roma*

Indignado por la chanza, que Lucila no comprendía, Alejandro empujó a ésta hacia su cuarto, y al entrar él también, cerró violentamente la puerta, lamentando que el golpe de la misma no hubiese repercutido en la retaguardia del vecino.

El semblante de Alejandro no era, en aquellos momentos, precisamente acogedor. Lucila lo echó de ver, y le dijo:

—¿No te alegras de verme? Tú me dijiste que podía confiar en tu amor eternamente.

—Sí... es verdad... pero eso te lo dije hace siete años... cuando aun nos podíamos casar... Se conoce que te hizo mejores condiciones otro enamorado... que, por lo visto, te ha salido de cobre.

—Yo siempre te tuve mucho afecto...

—Ya... ya lo he visto...

—¿Lo dudas aún?

—No, mujer. Estoy convencido de que yo soy para ti más que un hermano, un padre, o un abuelo.

—Te tengo toda la confianza,

—Muchas gracias... pero, oye, ¿tu marido no puede venir aquí?



—¿No te alegras de verme? Tú me dijiste que podría confiar en tu amor eternamente.

—No temas. Y si viniera, ¿qué?

—¿Que qué? ¡Pues... casi nada!

—¿No estás decidido a todo por protegerme?

—No lo dudes... Así como así también hemos de morir...

Llamaron en tal momento a la puerta con los nudillos.

Lucilla dió un salto casi mortal, exclamando en voz queda:

—¡Mi marido!

Alejandro se atragantó, presa de temor, y apenas si pudo formular la consabida pregunta:

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Duprée. Ya estoy lista—contestó Felisa, la vecina que debía ir con Alejandro al *restaurant* a las ocho, que estaban a punto de dar.

—¿Ir a dónde?—prosiguió Alejandro, no acordándose ya de nada, tanta mujer se había cruzado en su existencia aquel día.

—Déjese usted de bromas, señor profesor. Bien sabe que hemos de ir a cenar juntitos.

Era cierto. Se le había olvidado a Alejandro aquel compromiso. No podía negarse a ello. Pero ¿cómo hacer desaparecer a Lucila, para que Felisa no la viera? Para evitar que ésta descubriese a aquélla, Alejandro hablaba con su vecina desde el interior del cuarto, y ella le contestaba desde detrás de la puerta, cerrada ésta. Como medida de precaución, Lucila se había escondido en un cuartito de los aposentos del catedrático.

El vecino de marras volvió a asomar su rostro de mono por la puerta de su cuarto, y al ver a una tercera mujer solicitando la compañía de Alejandro, creyó estar viendo visiones. ¡Señor, qué suerte la del profesor!

Alejandro, para que Felisa se esperase en el rellano, contestó que aun no estaba completamente vestido. Lo que le interesaba era poder

hablar con Lucila, para buscar ambos una solución al problema de esta última, a quien dijo:

—Afortunadamente, no ha sido tu marido el que ha llamado. Es... un amigo mío que debe salir conmigo. No puedo de ningún modo rehusarme a ello, porque, de lo contrario, sospecharía que tengo aquí gato encerrado, y eso no nos conviene ni a ti ni a mí, ¿verdad? Pues bien; como yo tengo que marcharme, tú no puedes quedarte sola en mi cuarto. Yo saldré ahora mismo. Tú recoges tus cosas, y te vas al hotel Wáshington, donde pasarás la noche; y mañana iré a verte allí, para ver lo que puedo hacer en tu ayuda.

—¡Oh, Alejandro! Tú ya no me quieras. No me has querido nunca.

—No te pongas así, Lucila. Conviene que no te olvides de que tu marido puede darte un disgusto de un momento a otro.

Y Alejandro salió, para alejarse con Felisa, quien, mientras le estaba esperando, se puso a rumbear deliciosamente, evocando los bailes del *restaurant* de los Jardines Colgantes, a donde se haría conducir por el catedrático. El vecino la estuvo contemplando, guiñándole el ojo, y como premio a su gesto, Felisa le mandó una mirada fría, glacial, capaz de resfriar a Pepe el Tranquilo, que obligó a aquél a subirse el cuello de la americana y a desaparecer hacia su cuarto; reapareciendo cuando Alejandro salió del suyo, para verle salir con las dos mujeres.

—Dos? Sí, dos. El había visto entrar a una, Lucila, y ésta debía salir, por supuesto. Pero no.

Lucila no había salido, pues Alejandro se marchaba sólo con la vecinita. ¿Qué haría, la otra, en el cuarto del soltero? ¡¡Misterio!!

El marido de Lucila se enteraba, en aquel instante, en su despacho, de la nota que le dejara su esposa al fugarse del hogar. Le decía en ella lo siguiente:

Nuestro casamiento fué una gran equivocación. Tú no has comprendido nunca mi carácter, y por eso te dejo. No trates de buscarme.—Lucila.

—¡Ah! ¡Ah! ¡A mí no! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Por San Petersburgo que la encuentro y le ajusto las cuentas al que tenga intervención en este asunto! ¡Ah! ¡Ah! ¡A ver qué vida!

Enfurecido, el marido, un hombrón de la talla del auténtico Maciste, dió un puñetazo en la mesa, rajándola en todo lo largo, asustándose la taquígrafa, que tomaba notas a su lado.

Y cesó el trabajo, todo a su afán, el marido, de dar con la paloma que había levantado el vuelo.

Alejandro y Felisa habían llegado ya a los Jardines Colgantes. El tenía su plan. Hizo sentar a la esposa de su vecino a una de las mesas de la planta baja, y le suplicó que ella misma encargase el menú, para los dos, mientras él iba a telefonear a un amigo.

Separóse de Felisa, para ir a la guardarropía y pedir su gabán y su sombrero. ¿Se marchaba? Sí. Debía hacerlo. Jamás desertó ante una mujer, pero la Universidad de Wyndham exigía de él, aquella noche, el abandono de Felisa. ¡Todo por la Universidad! La viuda debía de estar esperán-

dole, y no era oportuno molestarla en lo más mínimo.

A poco encontrábase Alejandro en el Ritz. Buscó a la viuda en el salón. No la encontraba. ¿Habría llegado demasiado tarde?

De pronto una voz femenina pronunció el nombre del catedrático.

Creyendo que se trataba de una amistad cualquiera, Alejandro saludó a la dama que le había llamado, sin detenerse a besarle la mano, preocu-pado como estaba buscando a la viuda.

La misma dama volvió a pronunciar su nombre, y añadió:

—Pero, ¿es posible que no me reconozca usted, profesor Dupré?

—¡Cómo! ¿Es usted? Mil perdones, señora Clevenger. Está usted maravillosa...

—¿Le gusto?

—¿Qué le han parecido mis consejos? ¡Es usted otra!

—He seguido sus indicaciones punto por punto. ¿Está usted satisfecho?

—¡Cómo no, señora!...

—Yo también me siento muy feliz. Tengo grandes deseos de conocer los Jardines Colgantes.

—¿Los Jardines...? ¿El *restaurant* de las pa-rejas? ¡Oh, señora! ¿No cree usted que quizás...?

—Si quiere complacerme, lléveme a los Jar-dines Colgantes.

Alejandro no estaba dispuesto a ello. ¿Qué diría Felisa al verle regresar con otra mujer? Sería capaz de arañarle. ¡No, no; escándalos, no!

Pero la sombra del viejo profesor Goodhus le aconsejaba sacrificarse por la Universidad, y, al fin, Alejandro accedió al sacrificio. ¡Iría a los Jardines Colgantes, aunque corriese el riesgo de que lo colgasen a él también!

Ana, la gentil californiana, y su tía, la seve-rísima dama de compañía de la joven millonaria, habían tenido asimismo la ocurrencia de ir a cenar, aquella noche, a los Jardines Colgantes. Se acomodaron en uno de los reservados de la planta baja, adosados a la pared, desde el que podrían contemplar cómo bailaban los demás.

Alejandro y la viuda llegaron al poco, ocu-pando una mesa del primer piso. Así pensaba Alejandro evitar que Felisa le viese. Pero, pensó, lo mejor era quedar bien con Felisa, e ideó una combinación. Iría, ora a la mesa de Felisa, ora a la de la viuda, pretextando tener que telefonear constantemente. De esta manera, estaría con las dos durante toda la noche, sin infundir sospechas, y se portaría como un caballero con la esposa de su vecino.

Empezó la combinación.

—Dispóngame un momento, señora Clevenger. Debo telefonear a un amigo.

Al marcharse, dejó encargado al camarero la elección de menú.

Iba a alcanzar a Felisa, cuando una voz grata le llamó.

—Señor Dupré...

Volvíose, y vió ¡oh, ventura y calamidad a un tiempo! a Ana, a la gentilísima californiana.

Claro que se acercó a ella, saludándola efusivamente, así como a la tía, mucho menos efusivo.

—¿Qué?... ¿Ha dejado usted ya a la viuda rica con la que estaba comprometido a cenar?—le preguntó Ana, maliciosamente.

—No, no he cenado... La señora Clevenger enfermó repentinamente... y... y... yo vine aquí con la esperanza de encontrar a usted.

La tía no miraba con buenos ojos a Alejandro, pues había comprendido que Ana se complacía en tenerle a su lado... y como corre tanto cazar dor de dotes...

—Siéntese, pues, señor Duprée, y cene con nosotras, ¿quiere?—le dijo Ana.

Turbado, Alejandro no sabía hacer otra cosa que reírse, reírse y reírse.

—¡Qué coincidencia!, ¿verdad? ¡Je, je!... Ya me figuraba yo encontrarla a usted aquí. ¡Je, je! Es bonito este *restaurant*, ¿no le parece? ¡Je, je! Se come muy bien.

Y dale con el ¡je, je!, contagiando a Ana. En cuanto a la tía, parecía insensible.

El desconcierto de Alejandro tenía sobrada justificación. ¡Ahí era nada estar obligado a quedar bien con tres mujeres sin que ninguna de las tres se enterase de esa triple misión!

Baste decir que, al disponerse a beber un poco de agua, lo hizo, equivocadamente, con la copa que contenía el hielo, y después, con la copa de la tía, que, irritada por tanto reírse de Alejandro y por sus torpezas, le miraba como preguntándose: ¿Qué tendrá este hombre?

Sirviéronle a Alejandro una sopa, como la que le esperaba en la mesa de Felisa y en la de la viuda. Había apurado dos cucharadas a lo sumo, cuando levantóse so pretexto de tener que telefono-



Y dale con el ¡je, je!, contagiando a Ana.

near a un amigo. El caso era escapar, para volver al lado de Felisa, a fin de calmar su impaciencia.

Antes de reunirse con la esposa de su vecino, llamó a un *groom* del *restaurant*, encargándole mediante buena propina, de avisarle, cada cinco minutos, "que le llamaban al teléfono".

Felisa, al ver reaparecer a Alejandro, le hizo minutos, "que le llamaban al teléfono".

—Usted perdone, Felisa. El servicio de teléfonos está tan mal, que no hay manera de comuni-

car en menos de ocho días. Proporcionalmente, he tardado poco.

—Yo creí que se había marchado. Me parece que razón tenía de suponer tal cosa.

—Sí... claro...

La música invitó de nuevo al baile.

Felisa, que se perecía por la danza, pidió con la mirada y el gesto a Alejandro que la sacase a bailar, y éste, disimulando su indecisión, se disponía a hacerlo, cuando el *groom*, oportuno, le avisó "que le llamaban al teléfono".

—¡Ah! Gracias, muchacho. Debe ser el amigo a quien telefoneé hace un momento, y que no estaba en su casa. Ya vuelvo, Felisa. Perdóname, ¿eh?

¿Qué remedio le quedaba a Felisa sino el de perdonar? Pero creía firmemente que, aquella segunda vez, Alejandro no tardaría tanto como la primera.

De la mesa de Felisa dirigióse Alejandro a la de la viuda.

—¡Qué servicio telefónico más desastroso!— Tardan en ponerle la comunicación a uno más de mes y medio. Usted se habrá hecho cargo de mi tardanza, ¿verdad?

—No se preocupe, profesor... Yo lo comprendo todo...

Alejandro comióse una parte de la sopa que le estuvo esperando. Ya había probado tres sopas, con una desgana horrible.

La viuda fijóse en lo que hacía un camarero de la planta baja. Ocupaba la mesa una pareja. El

camarero vertía champaña en las copas, y la viuda se ruborizaba al pensar que ella también podía permitirse echar una cana al aire.

—Señor Duprée, en mi vida he probado el champaña... y hoy...

—Si no lo ha probado usted nunca, yo le aconsejaría, señora Clevenger...

—Déjese de consejos, profesor... Hoy me siento muy feliz...

Alejandro temía que si la vieja bebía champaña, se pusiera tonta de remate, comprometiendo su seriedad, con riesgo de que Ana y Felisa le descubriesen la combinación.

Pero insistió tanto la viuda, que, al levantarse de nuevo de la mesa, "para acudir al teléfono", Alejandro dijo, aparte, al camarero, que sirviese a la viuda una bebida espumosa similar al champaña, de menores efectos que éste, por si acaso...

Y de la mesa de la viuda dirigióse, aquella vez, a la de Ana.

—¡Oh, es terrible! Este servicio de teléfonos es una verdadera calamidad.

Reanudó la comida de la sopa. ¡Vaya caldo! ¡Era inagotable!

La tía miraba cada vez peor a Alejandro, que celebró separarse de ella con Ana, al tocar la música un sugestivo baile.

Había bastado un gesto de la linda muchacha para que Alejandro, olvidándose de todo, aceptase bailar con ella. ¡Y con qué gusto lo hacía!

Durante el baile, el *groom* de referencia presentóse ante Alejandro, anunciándole "que le

requerían al aparato"; pero el catedrático, que pasaba los mejores momentos de su vida teniendo en sus brazos a Ana, contestó, comprendiendo el muchacho:

—Ya llamarán otra vez, si es urgente.

Y a Ana, luego, le murmuró:

—Por nada en el mundo dejo yo de terminar este baile con usted.

Felisa, que se hallaba ya casi al final de la cena, vió, con indefinible sorpresa, a Alejandro bailando con Ana, y casi se tragó un panecillo entero. ¡Qué fresco!

Alejandro vió, a su vez, a Felisa, y se escabulló entre las demás parejas, sin separarse de Ana, para desaparecer de la vista de la esposa de su vecino, la cual no se desmayó de indignación, por pura casualidad.

* * *

La viuda saboreaba el espumoso, repitiendo por tres o cuatro veces. A cada nueva copa, sentíase más joven, y como tenía la pretensión de parecer una niña de veinte años, se bebería, a aquel paso, toda la botella.

En tanto, en el cuarto de Alejandro del *meublé*, Lucila, recogidas sus cosas, se disponía a marcharse al hotel Wáshington; pero cuando iba a salir de la habitación del catedrático, vió, con el consiguiente espanto, como su marido, */su marido!*, aparecía en el ascensor. Ni que decir tiene que regresó a aquélla, encerrándose en el cuarto de baño.

El esposo abandonado había sabido el paradero de su mujer, y la iba a buscar en las habitaciones de Alejandro.

Llamó a la puerta de las mismas, sin obtener contestación. El vecino de al lado, el curioso corredor de automóviles, había salido de su cuarto, y al ver a Pemberton, el marido iracundo, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. ¡Qué cara de bruto!

—Oiga, usted, joven. ¿El profesor Duprée no está en casa?

—No... no... Claro que no... Se ha marchado con una señora a los Jardines Colgantes... Se lo oí decir a a ella...

—¡Ah!, ¿sí? ¡Miserable!

—¡Cómo, cómo!

—¡Ah! ¡Esto no quedará así!

—Oiga, oiga... Yo...

—¡No me diga nada! ¡No respondo de mí!

Asustado, el vecino se apartó de la parada del ascensor, cuyo timbre tocó el marido abandonado pareciéndole a aquél que iba a darle un puñetazo; y renunció a bajar con él, por temor a recibir alguna caricia; regresando a su cuarto.

Después de haber bailado con Ana, Alejandro reunióse de nuevo con Felisa, dispuesto a darle toda clase de explicaciones.

Ella le recibió pronta a arañar. ¡Qué rabia tenía!

—Mire usted Felisa... Yo... Esa señorita...

—¡Cállese, por favor! No parece sino que está usted burlándose de mí.

—Le aseguro que fué un compromiso... La encontré al salir del teléfono, y me obligó a bailar con ella.

Felisa no quería escucharle, pero la música se encargó de apaciguarla.

—Bueno... Por esta vez le perdonó... porque me estoy muriendo por bailar. ¿Vamos?

Alejandro debía complacer a Felisa, para evitar que armase un escándalo si se negaba. ¿Qué pasaría allí, al verle Ana bailando con otra?

El *groom*, siempre alerta, libró al catedrático del apuro, avisándole "que le llamaban al teléfono", y Felisa, hecha una furia, pisó, al protestar enérgicamente, el pie del "mareado" Alejandro, que fué a reintegrarse al lado de la viuda, la cual, muy animada, había escogido, un poco antes, unos adornos para la cabeza, representando crestas de gallina y gallo, respectivamente, para sí misma y para el profesor.

Alejandro, al verla "adornada", comprendió al momento que había bebido. En efecto, la botella de espumoso estaba casi vacía.

—Tome usted, profesor. Esta cresta, para usted. ¡Qué divertido es todo esto!, ¿verdad?

—¡Ay, ay, ay, Alejandrito, que te la vas a cargar! —se dijo el preocupado catedrático, previendo una catástrofe.

Volvió a tocar la música, y la viuda, moviendo las espaldas como una "rumbista", manifestó francamente a Alejandro que le gustaría bailar con él.

Resistirse a ello, hubiera sido un desaire imper-

donable, pues era absolutamente indispensable considerar a la vieja como la más atractiva joven, y a una muchacha bella no se le puede negar nunca nada, pida lo que pida.

Así, pues, Alejandro tuvo que bailar. Procuraría colocarse con su pareja en el centro, para que las demás parejas les hiciesen de valla, a fin de que ni Ana ni Felisa los vieran.



La viuda, chapada a la antigua, bailaba al estilo de los tiempos del galop.

Inútil propósito. La viuda, chapada a la antigua, en consonancia con sus años, bailaba al estilo de los tiempos del galop, mucho más acen-tuados los movimientos por cuanto Alejandro, al ponerle su mano en la espalda, la hizo agitarse ner-

viosamente, pues tenía muchas cosquillas. El catedrático bajó la mano hasta el talle, y aun no cesó la risa de la viuda.

Para colmo de desdicha, a Alejandro le sucedió algo monumental. ¡El Destino se cebaba con él! He aquí lo que fué:

Unos clientes que ocupaban una de las mesas de arriba se hicieron servir más hielo, y uno de los pedacitos del mismo cayó a la planta baja, refugiándose en el cogote de Alejandro. Al sentir el frío contacto del obsequio, el catedrático, como presa del mal de San Vito, hizo los más extravagantes gestos, llamando la atención de todos. El *maitre d'hôtel*, que ya había reparado antes en los gestos de la viuda, no perdió un momento de vista a Alejandro, y Ana y Felisa también tuvieron que mirarle, como todos los clientes, asombrándose al reconocer en él al catedrático, que gozaba de la reputación de serio. Precisamente, la tía de Ana había dicho a ésta, refiriéndose a la pareja formada por Alejandro y la viuda:

—¡Qué manera más indecorosa de bailar!

Alejandro también vió a las tres mujeres, y, a pesar de sus buenos deseos de detenerse, no lo pudo lograr, pues el pedacito de hielo seguía atormentándole por la espalda. El motivo de los movimientos continuos del catedrático era sencillamente el de procurar que el hielo se deslizara a lo largo de su cuerpo, hasta caer al suelo por una de las piernas de los pantalones. Usaba calzoncillos cortos. Es un detalle...

La gente protestaba. No faltaban, sin em-

bargo, los guasones, que se reían, celebrando la "borrachera" de aquella pareja. Porque todos creían que estaban borrachos perdidos la viuda y el catedrático.

El *maitre d'hôtel* no se podía aguantar más, y dirigiéndose a Alejandro, que aun después del baile seguía agitándose, le invitó a retirarse de la "pista", para ir a descansar a su mesa. Pero el hielo estaba a punto de caer y Alejandro no se detuvo, a pesar de la indicación del mayordomo. ¡Y al fin cayó el maldito hielo! El catedrático iba a volver a su mesa, y el *maitre d'hôtel*, al intentar seguirle, resbaló sobre el citado pedazo de hielo, dándose, al caer, un tremendo golpe en las posaderas. ¡Había para indignarse!

Volvieron a llamar al teléfono a Alejandro, esta vez de verdad. Era el vecino corredor de automóviles. Quería ponerle sobre aviso de la visita que iba a hacerle Pemberton.

—Oiga, profesor. Un hombre salvaje llamado Pemberton ha estado aquí buscándole... Le he dicho, imprudentemente, que estaba usted en los Jardines Colgantes. Se lo digo, por lo que le pueda a usted interesar hacer.

La noticia de la llegada del marido de Lucila dejó helado, más helado que antes a Alejandro. ¿Qué hacer? ¡Huir? ¡Seguramente, Pemberton iba a buscarle, para matarle! ¡Cristo, qué tragedia!

Al pasar junto a un señor que leía un periódico, Alejandro paseó casualmente la vista por el texto y ¡horror! leyó:

Un marido celoso mata al amante de su mujer.

¡Jesús! ¡Qué consuelo!

Un camarero destapó una botella de champagne, y al ruido de la explosión que produjo el concentrado corcho al recobrar la libertad, Alejandro, como loco, echó a correr, creyéndose perseguido por Pemberton, revólver en mano y disparando sobre él. En su carrera tropezó consigo mismo en un espejo, y suponiendo que había chocado con otra persona, se detuvo instantáneamente para presentarle excusas. Era indudable, en opinión de todos, y más del *maître d'hôtel*, que Alejandro estaba beodo, puesto que ni se reconocía ya a sí propio.

El mayordomo se acercó a él, y compasivo, le dijo, apartándole a un reservado libre de la planta baja:

—Quédese usted aquí hasta que se refresque un poco.

Las emociones sufridas por Alejandro le habían anonadado. No podía seguir viviendo de aquella manera.

Vacilando entre ir a reunirse con una u otra mujer estaba, preparando, además, las excusas que debía presentar, cuando vió que Ana y su tía se disponían a salir del *restaurant*. ¡Qué desastre! Sin verle la tía, Alejandro le salió al paso a Ana, llevándosela al reservado, para darle toda clase de explicaciones.

—No me diga usted nada, porque no le he de creer.

—Aseguro a usted que puedo explicarlo todo, que nada es reprobable...



—¿Y esas contorsiones que usted hacía?

—¿Y esas contorsiones que usted hacía?

—Ana, usted sabe que yo soy un hombre formal...

—Sí, pero sabe usted mentir como el primero.
—No me dijo usted que la viuda no estaba aquí?

—Ana... Míreme usted... Es usted la muchacha más bonita del mundo.

—Eso es lo que me dice también Kenneth.

—¿Kenneth? ¿Quién es Kenneth?

—Mi novio.

—¿Tiene usted novio?

—Ahora no tengo tiempo de explicarle mi vida... Tengo que irme... Mi tía me espera, y debe impacientarse... Mañana iré a buscar a

usted a su casa en mi coche nuevo, y entonces quizá podré escucharle, si no miente.

—¡Oh, Ana! Dígame usted que comprende que sin el maldito hielo que me echaron encima, yo no habría hecho semejante exhibición de danzón cubano...

—Ahora no puedo escucharle... Mañana... Mañana...

Alejandro acompañó a Ana hasta el *auto*, y Pemberton, que estaba en la calle acechando la salida de los clientes del *restaurant*, le vió, sin saber que él era el hombre que andaba buscando, y al que tomó por el secretario del aristocrático local, encargado de acompañar a los clientes hasta sus coches.

Pemberton acechaba en la calle, pues no le era permitida la entrada, por no ir vestido de etiqueta. Esperaba a que saliera su mujer con Alejandro, convencido como estaba de que Lucila había ido con el catedrático a ese *restaurant*.

* * *

Ahora debía disculparse Alejandro ante Felisa; mas ésta, qué también se disponía a salir, se negó rotundamente a escucharle.

—¡No pronuncie usted ni una palabra! Limítese a llamar un *taxis* para que me conduzca a casa.

Alejandro obedeció, y Pemberton vióle de nuevo salir acompañando a otra dama. No cabía duda que era el secretario del local.

Ya libre de Ana y Felisa, Alejandro reunióse

con la viuda, que hinchaba un globo. Al verla en tal operación, el catedrático tapóse los oídos, previendo el momento de la explosión, y al ocurrir ésta, como estaba bajo la influencia del temor de la aparición de Pemberton, que según su vecino era un salvaje, y que acababa de preguntar por él a un *groom* del *restaurant*, encargando al muchacho de ir a decirle que le estaba esperando fuera, se llevó un susto mayúsculo, cayéndose de la silla, promoviendo un nuevo escándalo acompañado de las risas de la viuda... alegre.

Agotada su paciencia, el *maitre d'hôtel* decidió obrar con rectitud.

—¡Hagan ustedes el favor de marcharse! ¡No puedo tolerar más su presencia!

La viuda profirió denuestos contra el mayordomo, y Alejandro no se quedó tampoco corto. Pero obsesionado por el peligro que corría, buscaba un medio para escapar de Pemberton sin que éste lo notara.

Como el *groom* había dicho a Alejandro que Pemberton esperaba fuera, el catedrático recordó haber visto allí a un hombre de elevada talla, con mirar de bruto, y comprendió que era el mismo. Si éste no supo, antes, quién era él, tampoco lo sabría cuando saliese con la viuda. Y así fué, en efecto, quedándose Pemberton esperando la contestación del *groom*, que no volvió a presentársele en toda la noche.

Alejandro acompañó a la viuda al Ritz, y regresó a su casa, encontrándose con que Lucila no se había marchado aún. Estaba en el baño.

—¡No entres! ¡No entres! Estoy tomando un baño, para que se me quite el susto que tuve cuando mi marido llamó a la puerta de esta habitación. Creo que fué a buscarme. ¿No os habéis encontrado?

—¡No! ¡Ni ganas!

—Estoy muy nerviosa. He hablado con tu vecino de al lado, que fué quien habló con mi marido cuando éste llamó a tu puerta.

—¿Y qué?...

—Dice tu amigo que está dispuesto a que duermas en su cama. Así yo podré dormir en la tuya, y me iré mañana por la mañana.

—Está bien. Cierra con llave.

—Buenas noches, Alejandro.

—Eso es lo que vamos a ver. Lo que es la primera parte...

—¿Te ha ocurrido algo malo?

—Mañana... mañana hablaremos...

Alejandro desapareció, y durmió en la cama de su vecino, que si bien era guasón también era hospitalario.

Menos mal que la noche pasó sin más incidentes que apuntar.

Al día siguiente, la viuda y el viejo profesor Goodhus hablaban en un saloncito del Ritz.

—¿Ha estudiado usted nuestro caso, señora Clevenger? —preguntó el profesor.

—Sí, y he resuelto ya. Es el asunto que he entendido más fácilmente que ninguno y sin necesidad de estudiarlo.

—¿De modo que...?

—He decidido hacer un donativo a la Universidad de Wyndham de dos millones de dólares.

—¿Dos millones, señora Clevenger? ¡Es usted una buena persona, créame! ¿Lo sabe ya Alejandro?

—Todavía no.

—Vayamos a decírselo. Verá usted qué contento se pone.

—Vamos.

El vecino de Alejandro se portaba con éste como una buena criada. Preparóle el café y se lo llevaba a la cama. Pero oyóse el timbre del teléfono del cuarto del catedrático, y éste, levantándose, salió de la habitación del vecino para ir a la suya, en batín, encontrándose en el pasillo con Lucila, que iba a avisarle que el teléfono estaba llamando.

Entraron los dos, y Alejandro cogió el aparato.

—¿Quién es?

—El señor Pemberton desea que lo reciba —le respondió la telefonista de la casa.

Alejandro, considerándose ya muerto, no sabía de qué lado moverse. Lucila amenazaba desmayarse.

Reaccionado, Alejandro metió a Lucila en su cama, levantó ésta, que era también un armario ropero, y quedó encerrada la parte cama en el cuarto de la ropa, no viéndose, exteriormente, más que la puerta del armario ropero.

Ana, cumpliendo su promesa, llegaba frente al *meublé* en su *auto* nuevo, y avisó su presencia allí a Alejandro, con fuertes bocinazos.

El catedrático asomóse a la ventana, y rogó a Ana que esperase un momento, pues no estaba todavía arreglado.

¡Qué calamidades se reunían nuevamente, para enloquecerle de una vez!

La cama levantada por Alejandro volvió a su posición normal de cama, y él, temiendo que esto volviese a ocurrir cuando estuviese Pemberton en el cuarto, decidió trasladar de habitación a Lucila, llevándola a la cama del vecino, que no estaba en el cuarto en aquel momento.

—¡Oh! Me has lastimado un tobillo—se quejó Lucila cuando Alejandro la tomó en sus brazos con precipitación.

—Eso no es nada, mujer. Peor sería si tu marido nos rompiera la cabeza a los dos.

Pemberton no tardó en llegar ante el catedrático, que le esperaba con un miedo de pronóstico.

Entró el salvaje en la habitación.

—¿Dónde está mi esposa?—fue la pregunta que sirvió de presentación.

—¿Qué... qué esposa?

Pemberton era capaz de inspirar temor al mismo diablo. ¡Qué cara!

Alejandro no ganaba para sustos. Al ver al marido de Lucila, se atragantó, y cuando éste metióse una mano en un bolsillo del chaleco, temió que buscase ya el revólver, y tomó sus precauciones, para desviar el tiro, si lo fuera... Pero Pemberton se contentó con un puro.

—Le he preguntado dónde está mi esposa.

—Aquí... aquí... ya lo ve usted... no hay nadie. Pemberton se puso a inspeccionar la habitación, sin omitir rincones. Nada. Allí no estaba su esposa, era cierto. Pero tenía que estar allí.

En tanto, el vecino corredor de automóviles se encontraba a Lucila en su cama, no estando dispuesto a “cargar con el muerto”.

Alejandro hizo girar la cama de su cuarto, quedando encerrado en el ropero el salvaje, y entonces, admitiendo de nuevo en su cuarto a Lucila, giró de nuevo la cama, y quedaron ellos en el ropero, encontrándose Pemberton con el vecino, que se llevó un susto como una catedral, huyendo como alma que lleva el diablo.

Pemberton, al ir a perseguir al vecino, cómplice, según él, vió a una mujer con un pijama muy parecido al de su esposa, y la siguió, pensando que seguía a Lucila.

La carrera resultó cómica. El vecino creía que era sólo a él a quien perseguía el bruto, y volaba por los pasillos.

La mujer confundida con Lucila entró en su cuarto, y contóle a su esposo lo que le acababa de suceder. El marido, un hombre muy nervioso y valiente, aunque de escasa talla, salió a entenderse con el salvaje, que recorría los pasillos en busca del vecino y de la mujer, como si estuviese en un verdadero laberinto.

* * *

Indudablemente, aquél sería el último día de Alejandro. Pero ¿qué no haría él para salvarse?

Salió con Lucila del ropero, y llevó a ésta a la habitación del vecino cuya esposa, Felisa, había ido con él, por la noche, a los Jardines Colgantes, no encontrándose, la mujer, entonces, en casa. El marido estaba en el cuarto de baño, afeitándose.

Ana volvió a avisar con sonoros bocinazos a Alejandro, echándose de ver en la duración de los mismos la impaciencia que se apoderaba de ella.

El catedrático apresuróse a asomarse a la ventana, y rogó a la gentil californiana que siguiese esperándole, que ya bajaría...

El vecino esposo de Felisa, al salir del cuarto de baño, creyó ver visiones al encontrarse a Lucila en su cama, temblando.

—¿Quién la ha traído a usted aquí, señora?

—¡Oh, caballero! El profesor Duprée se encuentra en un aprieto... Mi marido... ¡Es terrible, créame!

—No se alarme, señora. Cuénteme lo que ocurre, y le aseguro que haré algo por usted.

Felisa, que regresaba de compras en aquel momento, encontró a su marido consolando a otra mujer, en pijama, y con gestos de loca, fué a pedir consejo a Alejandro, a quien no le faltaba sino esta otra calamidad de mujer.

—¡Oh, profesor! ¡Mi marido me engaña!

—¡No diga usted necedades, Felisa, por favor!

El marido de Felisa presentóse en aquel momento en el cuarto de Alejandro, encontrando a su mujer abrazada a éste.



—¡Ah! ¡Comprendo el juego! ¿De modo que a mí me mandan una mujer, para comprometerme, y entretanto, ustedes se entretienen?

—¡Ah! ¡Comprendo el juego! ¿De modo que a mí me mandan una mujer, para comprometerme, y entretanto, ustedes se entretienen? Vamos, no está mal.

—¿Cómo te atreves a dudar de la caballerosidad del profesor? —increpó Felisa a su esposo.

—El profesor está bueno con su aire de mosquita muerta. Y a ti ya te arreglaré yo las cuentas.

—¡Oh! ¡Infame! ¡Después que te he visto en los brazos de otra mujer!

—Sígueme, te digo, y basta de comedia!

—No me toques. Déjame que vaya a dónde se me antoje, menos contigo.

Fué por demás que el indignado esposo detuviese a Felisa. Esta se fué más indignada todavía.

Alejandro pretendió dar una explicación al citado marido, mas éste, fiándose de las apariencias, le echó en cara su traición de amigo, marchándose presa de ira.

Poco después sonó un tiro.

—¡Ahora me toca a mí! —gritó Alejandro, saliendo disparado de su cuarto, para huir por la primera salida que se le presentase.

El autor del tiro había sido Felisa, que fingió delante de su marido querer suicidarse. Este, al desarmarla, lo hizo con tan mala fortuna, que a Felisa se le disparó el arma, causando un pánico indescriptible en todo el piso.

El esposo de la mujer a quien Pemberton confundiera con su esposa, cayó encima de Alejandro, creyendo que éste era el ofensor, y después de darle una paliza, le presentó excusas al decirle la ofendida que él no era el culpable del agravio.

El vecino corredor de automóviles presentóse entonces, y el citado marido se lió a puñetazos con él, viéndose obligado de nuevo a pedir excusas por haberse equivocado otra vez.

Lucila, asustada, corría de un lado para otro, y Alejandro la tomó en sus brazos, perseguidos ambos por Pemberton, que al fin reconocía sin ningún género de duda a su verdadera esposa.

Por fortuna, el marido de la mujer ofendida por Pemberton, se le echó encima, impidiéndole, un buen rato, sin importarle los golpes del sal-

vaje, a los que no se quedaba sin corresponder heroicamente, avanzar hacia Lucila y el catédrático.

Funcionaron los dos ascensores. El ocupado por Lucila y Alejandro iba arriba cuando el que ocupó Pemberton bajaba, y así sucesivamente, hasta que Alejandro salió del ascensor con Lucila, cogiéndose ésta el faldón del pijama en la



...cogiéndose ésta el faldón del pijama en la puerta del ascensor...

puerta del mismo, con gran pánico, pues podía Pemberton subir de un momento a otro.

Y lo que tenía qué pasar pasó. Llegaron al piso la viuda, el viejo profesor y Ana, que se

cansó de esperar. Vieron a Alejandro con Lucila, pasmándose ante la insólita escena.

El marido de Lucila también apareció, y a poco de hacerlo él, lo hicieron Felisa y su marido.

Pemberton se iba a comer a Alejandro, y Felisa, enterada de todo, apostrofó al catedrático, sin piedad, tal vez celosa:

—¿De modo que usted, para salvar responsabilidades, quiere comprometer a sus amigos dejándoles las esposas de los otros? ¡Es usted un fresco!

Alejandro ardía.

El bruto se le acercaba con malas intenciones.

—Supongo que no va usted a atreverse a pegarme viéndome atado de manos por su propia esposa—le dijo Alejandro.

Y Pemberton, para que el catedrático estuviese en condiciones de luchar, le libró de Lucila, pero entonces fué él quien quedó imposibilitado de repartir puñetazos.

Valiéndose de la situación, Alejandro, encendido en cólera, se puso a gritar como un demente, sin compasión para nadie.

—Usted, Pemberton de los infiernos, llévese a su esposa, que maldita la gracia que me hace, y dele una buena paliza, que bien merecida la tiene... Usted, vieja rica, que sueña a sus años como una necia, váyase con viento fresco... ¡No me diga nada, profesor!... Y usted, Felisa, molesté en adelante a su marido, y que Satanás se los lleve a los dos a sus calderas. ¡Vaya gente!

El vecino, con un ojo hinchado por los mam-

porros del marido de la ofendida mujer, se asomó, según su costumbre, a la puerta de su cuarto, pero Alejandro, que para todos tenía un reproche, le dijo:

—Apartese de ahí, so curioso, o le hincho el otro ocular.

Alejandro parecía inspirado por el espíritu guerrero de su tocayo, El Magno. Todos le miraban con recelo.

—¡Fuera de mi vista! —siguió gritándoles—. ¡Abajo! —Y todos desaparecieron en los ascensores.

Todos menos Ana, que no sabía hacia dónde dirigirse. Cuando iba a marcharse, al quedar a solas con el “loco” catedrático, éste la cogió de la mano y la llevó a su cuarto.

—¡Tú aquí! ¡Tú no te vas, porque no quiero que te vayas!

—¡Por favor, no me maltrate! ¿Qué va usted a hacer conmigo?

—¡Ya no soy un corderillo! ¡Soy un energúmeno! ¡Tiemble el mundo! ¡Impondré mi voluntad! ¡Voy a empezar contigo!

—Yo... yo...

—¡Tú te vas a casar conmigo! ¿Te enteras bien?

—Sí... sí... sí, señor...

—¡Bésame!

—¡Yo...?

—¡Bésame!

—Bueno... Ya está...



—¡Tú te vas a casar conmigo! ¿Te enteras bien?

—¡Otra vez! Así. Ahora, espera un momento: voy a terminar mi libro.

Alejandro sentóse frente a su máquina de escribir, y terminó su obra, su gran obra, titulada *¿Fueron nuestros antepasados monos?*, contestando lacónicamente, sin entrar en averiguaciones: SI.

De este modo tendría todo el tiempo libre para dedicarse a la felicidad de Ana quien, con sus millones, proporcionaría créditos a la Universidad de Wyndham, para su resurgimiento.

FIN



2